La Novela Sugestiva

25



MEL.

HEMEROTECA MUNICIPAL ★ MADRID

150

TONO MONREAL

Lilly y los plátanos

CTJ

LILLY Y LOS PLÁTANOS

La Novela Sugestiva

LILLY Y LOS PLÁTANOS

por

TONO MONREAL

Ilustraciones de
M E L

25

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



ESTAMOS todos los autores que nos hemos ocupado de este asunto conformes en reconocer que Eudoxio Benji hizo mal en decir lo que dijo; pero por lo menos la mitad de los que hemos seguido después el pleito que estas palabras originaron nos hallamos conformes también en que una vez de haberlo dicho no era tampoco cosa de que se volviera atrás.

¿Qué fué lo que dijo Eudoxio Benji? No os atropelléis, que en seguida vais a saberlo.

Eudoxio estaba asociado con otro amonita de Casablanca y ambos tenían abierto, cerca de la plaza de Francia, un establecimiento de quincalla, bisutería y artículos de París que importaban directamente de Alemania.

Su consocio se llamaba Justus Nathán.

Lo mismo Eudoxio que Justus estaban casados, cada uno con su amonita correspondiente.

Los negocios iban bien; sobre todo el de reexportación marchaba admirablemente, por lo que ambos cofrades podían estar satisfechos de los pedidos que les hacían sus clientes de la parte de Rabat y de la Zona española.

Pero dejemos a los amonitas y a su negocio de artículos de París fabricados en Alemania, y vámonos derechos a las amonitas, que yo os aseguro que es cosa que merece la pena.

La mujer de Eudosio, oriunda de Alemania, era bonita, rubia, lánguida y fuerte. Sus ocupaciones consistían en algo tan poco divertido como llevar la contabilidad casera y pasarse las horas muertas atracándose de dulces y de té moruno, sentada en los cojines de la habitación larga y estrecha, dedicada a la tarea de engordar y de aumentar la población extranjera de Marruecos con un amonita más cada diez meses.

Ella ni apenas si se enteraba cómo se realizaba la cosa, porque andaba—cuando se movía, que no era casi nunca—siempre con los ojos adormilados, el pensamiento puesto en el dulce país de Babia; pero lo cierto es que a los once meses no llegaba nunca la cosa.

Los que iban a visitarla de tarde en tarde y le veían con la barriga siempre repleta, se figuraban que todavía no había dado a luz, porque es que ni por un momento consiguió tenerla lisa. Y no era fea,

era vaga nada más y le sobraba un poco de carne por todas partes.

La esposa de Justus era todo lo contrario.

Si la de Eudoxio, habiendo nacido en Alemania, se había aclimatado a las costumbres de las mujeres de Marruecos, la de Justus, habiendo nacido en Fez, parecía una protestante de París.

La de Eudoxio gastaba babuchas bordadas en oro y se ponía un pañuelo multicolor en la cabeza; la de Justus vestía con arreglo a los últimos figurines, se calzaba con unos zapatitos muy cucos, y en cuanto hacía un poquito de calor tiraba las medias y se iba por los bulevares de Casablanca enseñando unas piernas tan maravillosas, que por muy acostumbrados que estén allí a ver piernas, no había español, francés, portugués, italiano, judío, moro ni hebreo que no volviese la cabeza y se pusiera a babear como un cochino en la vía pública.

Porque las piernas de la mujer de Justus servían para varias cosas; pero entre otras, para que a los hombres se les cayese la baba.

Físicamente, Lilly, que así se llamaba la propietaria de las piernas, era morena, ardiente y delgada. Una criatura magnífica, con unos ojazos que cuando pasaba por el barrio español se llevaban los piropos de todos los cocheros.

Sus ocupaciones consistían en recorrer tiendas, pasar al lado de los franceses para que la miraran, al de los italianos para que la pellizcasen y al de

los españoles para que se metieran con toda su familia; sentarse con conociditos que ella tenía en la terraza del Excelsior y bajar a la playa.

Cuando bajaba a la playa, el éxito lo tenía descontado. Se ponía un *maillot* que ya le había valido dos apercibimientos; un *maillot* desconcertante, que por delante podría tapar a Lilly casi por entero, desde las rodillas hasta los hombros, y por detrás le dejaba al descubierto nada más que un poquito de la espalda; ahora que el tal *maillot* era tan transparente que para el caso era igual que lo llevase como que no; y con una rara particularidad: que cuando su dueña salía del agua no se notaba en absoluto que llevase *maillot*.

Así es que cuando Lilly bajaba a la playa empezaban a funcionar todos los teléfonos y en seguida llegaba gente a verla; los automóviles y los coches de alquiler eran cogidos por asalto. Si Lilly se bañaba, se congregaba tanto público a verla que parecía que se iba a jugar la final.

En cuanto a lo moral, a Lilly le gustaban los hombres; pero es que le gustaban de una manera desaforada, sin hacer distinción de nacionalidades.

No se celebraba en Casablanca una sola fiesta a la que ella faltara, y los sábados por la noche, en compañía de su marido, acudía a las funciones del Kursaal Francés.

La fidelidad que conservaba al que, según los raros ritos de la secta amonita, era su legítimo esposo, era muy dudosa, o por lo menos en Casablanca había mucha gente que dudaba de ella.

Pero, en fin, dirá el lector, ¿por qué no nos dices de una vez lo que Eudoxio dijo sin haberlo debido decir?

Es verdad. Voy a decirlo.

Pues veréis.

Una tarde entraron en la bisutería de Justus y de Eudoxio dos mujeres en ocasión de que se hallaba detrás del mostrador Eudoxio solamente.

Tal vez por halagarlas, porque ambas eran rubias, mientras les enseñaba unas chucherías declaró en aquel momento solemne que a él no le gustaban las mujeres morenas.

Una de las compradoras le dijo, insinuante:

—La esposa de su consocio es bien morena.

Y entonces Eudoxio contestó con esta vaciedad:

—A Lilly y a mí se nos podría dejar solos en el desierto, en la seguridad de que no sería yo quien intentara repoblar el mundo.

Vosotros conocéis a las mujeres de vuestro pueblo; pues en lo referente a traer y llevar chismes, las de Casablanca son exactamente iguales que las que vosotros conocéis.

Por lo tanto, sospecho que no os ha de causar ninguna extrañeza el que os diga que aquella misma tarde, cuando la ardiente morena salía de tomar su baño en la playa con aquel *maillot* de color naranja, que era igual que lo llevase puesto como que lo dejara colgado en la caseta, se le acercaron las dos amigas.

Las rubitas y Lilly se sentaron sobre la arena.

Los hombres empezaron a arremolinarse, porque la morenaza se estaba colocando en unas posturas que la fuerza pública iba a verse obligada a dar una carga de un momento a otro; las rubitas vieron que todas las miradas masculinas eran para la cara bonita y para el resto no menos bonito de la morenaza, y entonces, picadas un poco por la envidia, le repitieron las palabras que hacía unas horas había pronunciado el consocio de su marido.

A Lilly fué tal la indignación que le produjo el oírlo, que de un manotazo se arrancó medio *maillot,* cosa de la que apenas si se apercibieron los que la contemplaban, porque se seguía viendo exactamente lo mismo que antes de su anatomía.

No contestó nada; pero desde aquel mismo instante sintió un vivo resentimiento hacia Eudoxio.

En cuanto a la opinión que a Lilly le merecía la rubia esposa de Eudoxio, es cosa que probablemente no la sabremos nunca; porque por más insinuaciones que le hicieron sus dos compañeras, Lilly se limitó a encastillarse en un discreto silencio, que es lo que debía haber hecho Eudoxio, en lugar de ponerse a charlar de rubias y de morenos, como verá el lector si tiene paciencia para seguir leyendo.



UCEDIÓ que un corresponsal de Buenos Aires hizo ver a la razón social Nathán-Benji el mercado considerable que podrían encontrar allí para sus productos.

Los asociados estudiaron la cuestión detenidamente.

La debieron encontrar sumamente beneficiosa, porque una mañana, en compañía de sus respectivas esposas, se embarcaban en el muelle de Casablanca, en un barco que llevaba rumbo a la República Argentina.

La rubia Gardenia embarcó con su tetera, sus tarros de dulce y sus babuchas bordadas; la morena Lilly, con sus vestidos última moda, sus piernas descubiertas y todos los accesorios necesarios para embellecerse.

Como en los viajes es donde mejor se acusa la

psicología de cada persona. las dos protestantes de la secta de los amonitas acusaron también la suya, pues mientras la rubia Gardenia se encerró desde el primer día en su camarote para seguir comiendo dulces y pensando en Babia, sin enterarse de si había dado ocasión o no para quedarse de nuevo en estado de aumentar el amonismo con un nuevo individuo, varón o hembra, la morena Lilly fué, desde el primer día también, la alegría del pasaje.

Se presentaba a bordo con un vaporoso vestidito blanco que dejaba adivinar de tal forma sus encantos, que si un joven español que formaba parte del cortejo de la graciosa Lilly hubiera sabido lo que de ella había dicho Eudoxio, no hubiera vacilado un momento en calificar al amonita de mala bestia.

Y era de oír al español referir en las noches claras a sus íntimos—todo el pasaje—lo bien que Lilly sabía dar los besos, lo mimosona que era y otras intimidades que las refería con tanto entusiasmo que, cuando terminaba, todos los que le escuchaban se ponían a aplaudir, y ninguna se quería ir a la cama sin que el español lo contara todo tres o cuatro veces.

Había pasajes que se los hacían repetir:

—Eso de las ligas, parece que no lo he comprendido bien—insinuaba alguno.

—Oiga usted, ¿y cómo puede ser que?...—decía otro.

Y un tercero, que estaba enteradísimo de la cosa, repetía:

—No lo comprendo, no lo comprendo. Si fuese usted tan amable que quisiera repetirlo...

Luego todos, uno por uno, iban a mirar por la rendija del camarote de Lilly, suspiraban y se marchaban, sujetándose la cabeza con ambas manos.

Desgraciadamente, un caso inesperado fué a cortar las ovaciones, las miradas y los suspiros, porque durante la travesía estalló una tempestad formidable, y una vía de agua tuvo a bien presentarse en el navío sin que nadie la hubiera invitado.

Se echaron chalupas al mar y se las tragaron las olas como si fueran sorbetes.

En una palabra: como no queremos convertir esto en una tragedia, diremos que aquello fué un naufragio.

Pero un naufragio de verdad, no de esos naufragios de tres al cuarto, que puede uno organizarlos en cualquier parte: un supernaufragio.

Al día siguiente, cuando clareaba la mañana, el sol iluminó una mar en calma, cubierta de los restos del supernaufragio de la noche anterior y una pequeña isla, en la cual se debatían Eudoxio y Lilly, únicos y exclusivos supervivientes de aquella catástrofe marítima.

¿Qué concurso de circunstancias había hecho que los dos amonitas se quedaran solitos sobre la isla? Cualquiera lo sabe. ¿Cómo no se salvaron los demás, y por qué había allí una isla?... Si em-

pezáis así no hay novela. Conformaos con la isla y con los dos amonitas, hombre.

Como todo náufrago que se estime en algo y haya leído novelas de Salgari, lo primero que hicieron los amonitas fué consagrar unos instantes a deplorar la pérdida de los suyos. Eudoxio terminó pronto, porque en aquel barco, suya no había más que Gardenia; pero Lilly tardó su buena media hora, dedicando seis segundos justamente a cada uno de los pasajeros: a cada uno..., vaya, que no sé cómo decirlo. En fin, que tardó media hora, a seis segundos por tripulante, incluyendo fogoneros y grumetes.

Después ambos decidieron que lo que en aquellos momentos resultaría más práctico era visitar su isla, que es lo que todos los náufragos hacen, y sería muy mal visto el que ellos se apartasen de la regla general.

La isla les pareció, a decir verdad, bastante confortable.

Abundantemente provista de musgo (sección de camas), de grutas (sección de pisos desalquilados), de plátanos y de mariscos (sección de alimentación) y de animales varios (sección de caza y pesca); pero totalmente desprovista de habitantes.

¿Que quién había llevado allí los mariscos y las cuevas? Cualquiera lo sabe. Desde luego que alguien las llevaría, porque las cuevas no iban a ir solas; pero lo cierto es que en la isla no había más habitantes que Lilly y Eudoxio.

Una isla de las más desiertas.

Los vestidos salvados por los náufragos habían sufrido bastantes deterioros en la aventura.

Mojados por las olas primeramente, hechos jirones después, cuando sus propietarios fueron lanzados a la costa ya no les podían servir de ninguna utilidad.

Eran verdaderos pingajos.

De todos los vestidos no había más que una cosa que quedó intacta, y ésta fué la delicada y monísima combinación de Lilly, y esto porque era de un tisú excelente y la morenita la había pagado a alto precio para que sus admiradores no la tuviesen por una pobretona o por una mujer cualquiera.

Un encanto de prenda.

Lilly la tenía en gran estima, y se alegraba muchísimo de poderla llevar, a pesar de la catástrofe, encima de su personita, porque así le parecía que era menos náufraga, porque las náufragas no se pasean con camisas de tisú, y para ver esta clase de prendas sobre un cuerpo femenino no suele resultar práctico ir a las islas desiertas.

Pero aquella combinación fué el principio de las exigencias de Eudoxio.

Aquel tisú tenía que servir para algo más práctico que para cubrir las bonitas desnudeces de Lilly: tenía que ser algo así como el pabellón nacional de la isla recién descubierta.

La muchacha se resistió.

Fué inútil. Se puso tan pelma Eudoxio que no le quedó más remedio que quitársela y ver cómo su conáufrago la izaba en lo alto de un bananero, en la misma orilla del mar.

—Así—le explicó él—pueden verla desde cualquier barco que pase por aquí cerca y ser nuestra salvación.

Con la camisa de Eudoxio no se pudo hacer algo semejante. Había pagado, tras muchos regateos, cinco francos por ella, y ya no era una camisa : era un pingo que no podía servir ni para fregar escaleras.

Por tanto, como la cuerda se rompe siempre por lo más delgado, a Lilly no le quedó más remedio que ceder, y se quedó sin más traje que el natural con que había sido depositada en este pícaro mundo de las piernas sin medias, los niños-frutas y los amonitas que dicen animaladas, como la que había expectorado Eudoxio en su bisutería de Casablanca.

Ni que decir tiene que a la recién viuda el vestido no le sentaba mal, ya que se lo habían hecho a la medida, y aunque dudamos que ningún cronista de sociedad se pondría a describirlo, afirmamos y sostenemos que la convertía en una cosa tan exquisita que a cualquiera que se encontrase en el caso de Eudoxio y, sin meditar las circunstancias que allí concurrían, aquello, en lugar de un naufragio, le hubiera parecido una bicoca.

Lilly, un poco fatigada todavía por el bamboleo

de las olas, se sentó a la sombra y se puso a reflexionar y a mirarse las uñas al mismo tiempo.

Y entonces sí que hubiera parecido bicoca y no naufragio el encontrarse en aquella isla, porque Lilly estaba de guapa que asustaba.

Y lo que hubiera pensado cualquier mortal que se encontrase en el mismo caso que Eudoxio : ¿qué pueden hacer en una isla desierta un hombre y una mujer a quienes la casualidad convierte en únicos habitantes?

Nos jugamos el occipucio a que a todos nuestros lectores se les ocurre la misma respuesta.

Quedamos en que Lilly estaba sentada a la sombra de un bananero, sobre la hierba. Añadamos que hacía calor y que los vestidos no servían para nada ; para reemplazarlos buscaron una hoja de cachmoassa, árbol de la familia de las camelíferas, que se encuentra en grandes cantidades en los trópicos.

Lilly, que en el Kursaal Francés de Casablanca se mostraba desnuda en las ocho novenas partes de su persona, y que en la playa era como si se presentara en las nueve novenas, encontró mil maneras de adaptar a su tipo aquel traje ligeró, simple, económico y fácil de llevar.

Naturalmente que tampoco era cosa de ponerse a hacer remilgos ante las hojas de la cachmoasa, ya que por allí no había tiendas de modas donde poder surtirse.

Además, aquel trajecito tan sencillo le daba

cierto atractivo selvático, que sentaba muy bien a la morena amonita.

Parecía un dibujo, solo que bien hecho, de revista vegetariana en un paisaje arcádico.

Y Lilly, al verse en aquella guisa, pensó:

—Vamos, que si yo me presentara en la playa de Casablanca con este traje, tenían que bajar los bomberos...



Y sucedió que al cuarto día—a cualquier otro que no hubiera sido Eudoxio le hubiera sucedido lo mismo apenas hubiera desembarcado en la isla—que la nutrición, compuesta en su mayor parte de mariscos; el aire salobre y vivificante del mar y la contemplacióu mutua de sus anatomías, unidos a la soledad en que se encontraban, operaron en ambos insulares un efecto análogo.

Pero aunque el efecto fuera el mismo, la manera de comportarse Lilly y Eudoxio era bien distinta, pues mientras él examinaba a la viuda de su consocio con ojos concupiscentes y constataba que sus encantos acusaban una de todos puntos innegable firmeza, que la piel femenina era más dorada, como la de las mujeres árabes, y que su cuerpo, delgado y ligero, estaba admirablemente proporcionado, y que habría podido hacer la dicha

de cualquier hombre. Considerando también que, a falta de rubias, las morenas pueden ser un sustitutivo como otro cualquiera (y que nos perdonen las morenas, porque nosotros, además de no compartir la opinión de Eudoxio, ya hemos dejado sentado anteriormente que el tal amonita era una mala bestia), había que reconocer que la suerte no había sido con él tan despiadada, colocándole frente a sus narices a la encantadora Lilly.

A Lilly, aunque conmovida también por idénticas sensaciones, hijas de la alimentación a base de mariscos y de aquel aire endiablado que despertaba toda clase de apetitos, no había echado en olvido la desgraciada frase que Eudoxio había pronunciado ante las dos mujeres rubias en su bisutería de Casablanca, frase que llegó a sus oídos mediante la oficiosidad de las dos amiguitas:

«A Llly y a mí se nos podría dejar solos en un desierto en la seguridad de que no sería yo quien intentara repoblar el mundo.»

Y porque se acordaba de aquella vaciedad era por lo que se juraba a sí misma resistir hasta el fin y no dejarse tentar por una proposición que su clara percepción femenina le anunciaba que se hallaba cada vez más próxima.

Y así sucedió.

Llegó el instante en que Eudoxio, después de mucho pensarlo y empleando ciertos rodeos que en algunas ocasiones está de más, pero en otras

son de todo punto necesarios, dijo a Lilly lo que ella sospechaba que acabaría por decirle.

El amonita, a pesar de haber gastado camisas de cinco francos, lo que no suele ser un aliciente para conquistar a las mujeres, no tenía la menor duda de que el éxito iba a coronar inmediatamente sus palabras y que Lilly no sólo le iba a abrir sus graciosos brazos, como parecía haber hecho con tanta gente, sino que también, y lo que para él era más importante, le iba a hacer un recibimiento de primera clase, que daría al traste con el vestido de hojas de cachmoassa: ya sabéis, ese árbol de la familia de las camelíferas, que tanto abunda en los trópicos

La viudita sana y vigorosa tendría que sentir un vacío enorme desde la muerte de su marido y de todos los pasajeros y tripulantes del barco naufragado.

Por lo tanto, y presumiendo de que sus fuerzas eran bastante mayores de lo que en realidad lo eran, cosa que nos ocurre a todos los bípedos del sexo feo. Eudoxio se proponía reemplazar a su difunto colega, al capitán del barco, a toda la tripulación y a dos o tres fogoneros más.

Pero mientras Eudoxio se hacía estas optimistas reflexiones, Lilly comprendió que la hora de su revancha había sonado.

Y cuando su compañero de isla terminó de hablar y se le quedó mirando el vestido de cachmoassa, Lilly abusó de su situación, ventajosa en

aquellos momentos, para recordar a Eudoxio sus palabras insensatas:

«A Lilly y a mí se nos podría dejar solos en el desierto en la seguridad de que no sería yo el que intentase repoblar el mundo.»

En el desierto ya estaban, y como Lilly se hacía fuerte en la apreciación que sobre su personalidad había hecho Eudoxio, rehusaba neta y francamente toda clase de promiscuidad.

—Señor Eudoxio—le dijo—. Me parece que ha llegado el momento de que repueble el mundo usted solo.

El amonita se quedó en una pieza.

Inútil decir que el ver desaparecer a Lilly tras unos platanares cimbreándose con la misma gracia que si se encontrase en un dáncing, no le produjo ninguna alegría.

No teniendo a nadie a mano en quien vengarse se tiró de los pelos, cosa que, por otra parte, tampoco le produjo ningún resultado satisfactorio.

¡Ah, palabras imprudentes!

¿Pero cómo antes de haberlas pronunciado no se había acordado de que Lilly tenía unos ojos negros capaces de conquistar lo inconquistable?

Unos ojos, y unos labios, y unos brazos, y unas piernas...

¡Pero si no había en Casablanca una mujer más deliciosa que la de su consocio!

Eso en Casablanca, porque en la isla no la

había ni más ni menos deliciosa; allí era la única representante de Eva.

¡Morenaza!

¡Qué situación más desesperante la del pobre Eudoxio!





ARA construir una tragedia griega parece ser que había suficiente con tres personajes, y aquí no contamos más que con dos: un Adán y una Eva, colocados en una isla que podría ser concebida como una especie de paraíso terrenal y nada más.

Ni serpientes ni manzanas.

Las cosas, como se ve, podían haber ido admirablemente para el nuevo Adán; pero no lo iban por la sencilla razón de que la nueva Eva se negaba terminantemente a hacer una reproducción del pecado original.

Si aquella isla no habría de repoblarse más que con los chiquillos que Lilly depositara sobre su mullido césped, iba a estar desierta por los siglos de los siglos; así se lo había prometido la morena y así estaba dispuesta a ejecutarlo, mejor dicho, a no dejar que lo ejecutasen.

Y vayan figurándose ustedes cómo sería el asombro de Eudoxio cuando el hombre había supuesto que su dulce enemiga se iba a lanzar en sus brazos con la velocidad de un bólido y la oyó mandarle que repoblara el mundo él solo.

Pero se rehizo en seguida.

¡Bah! Cosas de mujeres, que les gusta hacerse desear. No tardaría mucho tiempo en tirar por el aire las hojas de cachmoassa.

Pero pasaron ocho días y llegó el noveno sin que la amonita hiciera otra cosa que volverle la espalda, que, además de llevarla desnuda, la tenía bellísima.

El estado de desesperación de Eudoxio se iba haciendo cada vez más grande.

Como allí había pocas cosas con que distraerse y en la isla no había salvajes a quienes iniciar en el comercio, para el amonita, Lilly llegó a convertirse en una obsesión.

La quería; la deseaba.

Sin acordarse del disparate que había soltado en su bisutería de Casablanca, llegó a decirse que la prefería a todas las mujeres de la tierra y que el que antes le hubieran gustado las rubias constituía una aberración que no se le debía tener en cuenta, porque hasta entonces no se había apercibido, entretenido como estaba en la venta de chucherías alemanas, de lo mucho que valía la morenita viuda de Nathan.

¡Y aquello de estarla viendo al natural a cada paso!

Tan natural y tan al alcance de la mano y, sin embargo, tan lejana como si estuviera en una estrella.

¡Qué rodillitas más encantadoras y qué otras cosas más encantadoras todavía! Y eso que Eudoxio apenas si podía mirarla de frente, porque inmediatamente, con gesto de reina ofendida, Lilly se volvía de espalda.

Eudoxio no dormía tranquilo.

Los plátanos y los caracolillos de mar, que eran las dos bases de su alimentación, se los engullía sin darse cuenta muchas veces con cáscara y todo, de aturdido que estaba de tanto pensar en Lilly.

La ancha hoja de cachmoassa se agitaba muchas veces desenfrenadamente.

Unas veces porque Lilly se hallaba muy cerca y se necesitaba ser de hielo para poder contemplarla con indiferencia en aquella *toilette* de salvaje de Oceanía, con los encantos tostaditos y las piernas al viento y al sol, y otras porque teniéndola lejana se acordaba de todas aquellas cosas que sin su tontería de Casablanca podía haber conseguido; pero lo cierto es que de una manera o de otra a la hoja de cachmoassa—ese árbol de la familia de las camelíferas de que ya antes os hice referencia—no tenía un momento de reposo.

Pasados los nueve días, Eudoxio juzgó la situa-

ción favorable para emprender una nueva ofensiva.

—¿Cómo conquistas a Lilly?—se decía—. ¿Cómo hacerle olvidar las palabras insensatas y ofensivas de Casablanca? Procuremos ablandarla. Tal vez con palabras suaves...

Y así empezó la ofensiva: con ruegos y con súplicas.

Aquello no le dió más resultado que el que la morenita se le riese en sus propias narices, enseñándole, eso sí, al reír unos dientes muy bonitos y muy blancos, y le recordara que si las prefería rubias, como el protagonista de *Anita Loos*, se diera una vueltecita por la isla a ver si encontraba alguna muchacha de pelo dorado que estuviera dispuesta a repoblar este cochino mundo.

De las súplicas pasó Eudoxio a las amenazas.

Primero habló de matarla a ella.

Lilly volvió a reírse.

Después habló de matarse él.

Lilly, entonces, le contestó muy seria:

—Mátese usted cuando guste...

Eudoxio, viendo que ni súplicas ni amenazas hacían caer la hoja de cachmoassa con que la morena se cubría, decidió echar mano de la astucia; pero le resultó que Lilly era mucho más astuta que él.

—Bien—se dijo—. Como ni razones ni amenazas bastan para convencerla, y yo no puedo permanecer más tiempo en esta situación, lo que no



Salía de tomar su baño

ha querido hacerlo por grado va a tenerlo que hacer por fuerza.

Y absolutamente decidido a tomar por procedimientos violentos lo que por grado no quería otorgársele, Eudoxio se escondió tras un cachmoassa y esperó a que Lilly pasara por su lado.

Y la viudita pasó, más guapa y más sugestiva que nunca, y Eudoxio salió de su escondite y saltó sobre ella, agarrándola por la cintura, con la sana intención que es de suponer.

¡En su vida lo hubiera hecho!

Cogerla por la cintura y sentir en la nuca un palo dado con una fuerte caña de bambú, fué todo uno.

Los oídos le estuvieron bordoneando durante media hora, como si dentro de su cabeza estuviesen tocando un *gong*.

Los deseos de Eudoxio, apenas se le pasaron los efectos del estacazo, se hicieron mucho más violentos. Se daba cabezadas contra los árboles; gruñía como un marrano, no tenía ganas de comer ni de dormir; comprendía que de seguir así las cosas iba a terminar haciendo garabatos en todos los cachmoassas de la isla, y un nombre, un solo nombre, estaban pronunciando de continuo sus labios:

—¡Lilly!

Y algunas veces lo acompañaba de cierta frasecilla dedicada a la madre de la morenita, que ninguna culpa tenía de todo aquello; pero que, sin

embargo, estaba a cien leguas de ser un piropo.

Cambió de procedimiento.

Una tarde le dijo que tenía que hablarla. Lilly, muy apercibida la caña de bambú, se decidió a escucharle.

Eudoxio le declaró una vez más su amor y le prometió, para cuando algún transatlántico tocara en la isla, joyas espléndidas y vestidos fastuosos.

Lilly, que se había acostumbrado a ir sin ropas, no hizo sino reírse del ofrecimiento.

—¡Ah, burro de mí!—díjose Eudoxio cuando la morena se fué despreciando joyas y vestidos futuros y moviendo con más gracia que de costumbre la cachmoassa—. Lilly es un temperamento esencialmente sensual... Si consigo ponerla un poquito nerviosilla, por poca cosa que sea, ella misma se encargará luego de pedirme lo que ahora me niega.

Y en efecto.

Aquella noche, a la luz de las estrellas, Eudoxio consiguió que Lilly se sentara cerca de él y le contó, con todo lujo de detalles, las historias más arevjdas y más picantes de su repertorio; le cantó las canciones menos recomendables; mimó las pantomimas aristofanescas a la manera de los maridos de Lisystrata.

Y nada.

Lilly se burló olímpicamente de él y de todas sus historias.

La amonita, al ir el primer día de su llegada a

la isla a dirigir una mirada amorosa a su linda combinación, convertida en pabellón nacional, había hecho un descubrimiento.

Allí, a pocos pasos de la bandera de color naranja, había un bosquecito de plátanos. Se metió en él. Una simple mirada a los racimos verdes y amarillos le bastó para cerciorarse de que por el momento aquel platanar era suficiente para su personal consumo.

Aquel espléndido aislamiento era precisamente el que debía perderla.

A falta de serpiente, pensando siempre en hacerla caer en el pecado original, andaba suelto por aquel paraíso el cada vez más desesperado Eudoxio.





NTES de seguir adelante nos es necesario dejar bien sentada una afirmación: la de que los amonitas son unos hombres de una terquedad extraordinaria, a la cual va emparejada otra, y es que sus mujeres no se dejan ganar en tozudez ni siquiera por ellos.

Siendo esto así, se comprenderá que el pequeño conflicto—grande para Eudoxio—planteado en la isla entre sus dos únicos habitantes no llevaba forma de concluirse nunca, porque era muy difícil que Lilly cediera, y mucho más difícil todavía que Eudoxio renunciara a ella.

El amonita seguía de continuo su idea y su ídolo.

A la idea no estaba dispuesto a renunciar por nada, y en cuanto al ídolo, su sobreexcitación había llegado a ser tal, que necesitaba estarla

viendo continuamente: de frente, de lado, por detrás, como fuera; pero tenerla siempre presente en una de sus partes antes desdeñadas a pretexto de que eran morenas.

Andaba tras ella como si fuera un perro, como si fuese su misma sombra, con las narices cercanas a la hoja de cachmoassa, pisando las huellas que sobre el césped de la isla dejaban impresas sus pequeños pies.

Una mirada fría y desdeñosa de Lilly le obligó a guardar una distancia más respetuosa de la que había conservado hasta entonces.

Empezó a espiarla de lejos, a no vivir más que para verla, en espera de avanzar un poco más, porque aquello, en realidad, apenas si era nada, y así fué cómo siguiendo a su ídolo descubrió el subterfugio del pequeño bosque de platanares colocado a la sombra del pabellón nacional de la isla, representado por una camisa de tisú.

El saber que los plátanos le bastaban a la bella viudita y que mientras aquellas reservas alimenticias le durasen no era fácil que accediera a sus caprichos, pusieron a Eudoxio en un tal estado de ánimo que, temiendo que la cabeza le fuera a estallar, se la sujetó entre ambas manos y corrió al mar, donde la metió hasta el pescuezo, para que las ideas se le refrescaran.

Fué una decaída.



Y saltó sobre ella

La primera desde que Lilly sustituyó en su presencia la combinación de tisú por la hoja del cachmoassa.

Luego, Eudoxio se sentó en una roca y se quedó mirando al mar.

Aquel asunto, tal como se presentaba, había necesidad de estudiarlo con la debida sangre fría y esperar a que la hoja de cachmoassa estuviera en el debido reposo.

Y como amonita que era, el negocio se deslizó en seguida del plano sentimental en que estaba colocado a un plano comercial.

Aquello ya era otra combinación diferente a la que se enarbolaba en el bananero.

En asuntos sentimentales, Eudoxio no entendía ni una palabra: era un verdadero buey; pero lo que es en asuntos comerciales..., aquello sí que era su fuerte. Para el comercio él era un lince.

¡Ahora se las iban a ver Lilly y Eudoxio!

¿Porque a causa de que en una ocasión había dicho que no quería repoblar el mundo con ella había tomado aquella resistencia pasiva? Pues bien; aunque en vez de haberlo dicho en su tenderete de Casablanca lo hubiera publicado en toda la prensa del mundo y se hubiera hartado de vocear que las morenas eran una birria..., ¡allí estaba él!

Y estaba sonriente, seguro de su triunfo, pensando en que a la carnal fortaleza le había llegado, al fin, el momento de rendirse.

¡Las defensas de la Venus ultrajada iban a ser destruídas con la catapulta de Mercurio!

¡Vaya frase!





L día siguiente un rayito de sol entró en la cueva donde Lilly dormía, bien ajena a los sucesos que aquel día le deparaba.

Se despertó la morenita, y no decimos que se vistió inmediatamente porque no tenía más ropa que ponerse que el cinturón de hojas de cachmoasa, y como su coste no era caro, se acostaba con él puesto, y cuando le parecía bien lo sustituía por otro trajecito nuevo, tan liviano como el anterior.

Se levantó, pues; salió de la cueva; se estiró para desperezarse porque allí, en aquel momento, no había nadie que pudiera censurarle aquel desahogo físico, y con pasitos provocadores y movimientos ondulantes se dirigió al bosquecillo donde se nutría de plátanos.

Una vez allí, con estupor, se dió cuenta de la desgracia que acababa de acontecerle.

Los frutos que la víspera había visto formando grandes racimos en los bananeros habían desaparecido, los habían arrancado.

Había más racimos en los árboles; pero los que quedaban se hallaban fuera del alcance de su mano.

La delicada viudita suspiró.

Ella había sido algunas veces grulla, pero en su vida había tenido facultades de mona. Por tanto, el trepar por los árboles en busca de los lejanos plátanos iba a resultar una cosa no desprovista de dificultades.

Lo intentó, sin más resultado que el de arañarse las piernas en la corteza de los bananeros.

Tuvo que desistir, y, sacudiéndose el polvo y las espinitas que se le habían adherido a las pantorrillas, miró a los plátanos como dicen que en la antigua Grecia había mirado la zorra a las uvas.

Como en la isla, aparte de ella, no había otro habitante que Eudoxio, forzosamente tenía que ser él el autor del desaguisado que con la viudita de Nathan acababa de realizarse.

Lilly, como mirando los racimos no adelantaba nada, regresó en el estado de ánimo que es de suponer hacia la parte de la isla donde se encontraban las cuevas que les servían de refugio a ella y a su partenario y coterráneo amonita.

Y en la puerta de una de las dos cuevas se encontró con Eudoxio.

Estaba el hombre sentado sobre la hierba y atiborrándose de bananas.

—¡Desgraciado!—gritó Lilly—. ¿Qué es lo que está haciendo? Se está usted comiendo mis plátanos...

—¿Sus plátanos?

—Sí; mis plátanos.

—Me gustaría saber por qué son suyos.

—Porque...

—¿Los ha comprado usted?

—No; pero...

—¿Entonces?

—Bien. No discutamos. Deme unos cuantos por el momento, y mientras los como nos pondremos de acuerdo sobre a quién de los dos pertenece la propiedad del bosquecillo.

—¿Y por qué se los había de dar?

—Porque todavía no me he desayunado.

—No me parece una razón suficiente; pero, en fin, estoy dispuesto a cedérselos graciosamente a cambio de que usted, por su parte, me ceda también...

Lilly se escandalizó.

—¡Ah!—exclamó—. ¿Usted está dispuesto a cedérmelos?... Le veo venir, y sé muy bien lo que quiere a cambio de sus plátanos, que no son suyos... Jamás. ¿Lo oye? ¡Jamás! Si quiere usted poblar la isla, la puebla solo.

—Bien—dijo Eudoxio— sin desconcertarse—. Puesto que usted no quiere hacer un cambio, le propongo una compra. Modifiquemos la moneda.

—¿Una compra?

—Sí, señora.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Yo le vendo los plátanos a mil francos la docena. Y es muy barato. Aquí no hay tasa oficial y la mano de obra está fuera de precio en atención a que escasea el número de trabajadores. Son las diez de la mañana. Si a las seis en punto, hora de verano en la Europa Occidental, no he recibido el importe fijado a la mercancía, me obligará a aumentar su valor en un ciento por ciento en atención a los gastos de almacenaje. Como ve usted, teniendo en cuenta que el franco es una moneda sin uso corriente en la isla, la adquisición de la docenita de bananas constituye para usted una verdadera ganga.

Lilly pateó el suelo con su piececito desnudo y exclamó:

—Pero, cretino, ¿no ve que no tengo dinero? ¿Dónde quiere usted que vaya a buscar esos mil francos? ¿En qué *cabaret* se le figura que podría ganármelos dándoles a los demás lo que a usted no le entregaré nunca?

Eudoxio volvió a sonreírse; en esta ocasión, con sonrisa obsequiosa de comerciante, y respondió:

—En su bolso de mano, Lilly.

—¿En mi bolso de mano?

—Sí; lo llevaba usted colgado del brazo el día que desembarcamos en la isla, y aunque después no



Se comió los doce plátanos

he vuelto a verlo, me atrevo a asegurar que no ha desaparecido.

—¿Y bien?...

—Que es cosa de comprarlos o dejar que se pudran.

Lilly partió de allí con la boca llena de injurias, echando sobre el avispado negociante toda suerte de maldiciones, que no sólo le alcanzaban a él y a sus progenitores, sino que se extendían hasta tocar un número ilimitado de generaciones.

Se encerró en su cueva.

Formóse el propósito de pasarse el día en ayunas; a las doce, el apetito la obligó a salir en busca de sustento. Fué a la playa. Subió a las rocas. Después de estar allí tres horas, unas veces pinchándose con las excrecencias rocosas, otras resbalándose con evidente peligro de ser sepultada por el agua, mojada hasta la mismísima hoja de cachmoassa, consiguió coger un cangrejo estúpido y pequeño.

¡Un cangrejo!

Aquella iba a ser toda su alimentación, y además se lo iba a tener que comer crudo. Cuando en esto pensaba, el cangrejillo extendió sus pinzones y fué a hacer presa en uno de los bonitos senos de Lilly.

La viudita dió un saltito, soltó al molusco y éste aprovechó aquella circunstancia para zambullirse en el mar.

¡Bien! ¡Para rato se dejaba coger otro!

Lucida alimentación le esperaba.

A las seis menos diez se presentó ante Eudoxio con su billete de mil francos en la mano, con el propósito de comprarle al precio señalado la docena de bananas, docena que resultó de once porque el comerciante alegó que, debido a su tardanza, uno de los frutos había sido comido por las hormigas.

Al día siguiente, la encantadora amonita volvió a ensayar el buscarse la alimentación por sus propios medios, y el fracaso la acompañó de la misma manera que la víspera.

Por lo mismo, se vió en la necesidad de acudir de nuevo a su intermediario llevando en la mano el correspondiente billete de mil francos. Con el corazón desgarrado, pero con el espíritu, y lo demás, firme a la resistencia, se comió los doce plátanos.

Dos mil francos había pagado por la nutrición de dos días; pero, al fin y al cabo, se había nutrido.

En la vida de Lilly se abría una interrogante:

—¿Qué acontecimientos iban a suceder al día siguiente?



llegó el tercer día.

Lilly, antes de someterse a la capitulación, hizo una visita al que había sido su bosquecillo. No le quedó más recurso para consolarse que repetir lo de la zorra y las uvas, es decir, que estaban verdes, y de un verde de lo más subido.

Tan subido, que sin ayuda de una escalera constituía una necedad el pensar apoderarse de ellos.

Y Lilly, ante aquella catástrofe, reflexionó.

Era lo único que podía hacer en aquellas circunstancias.

La ofensa que le había inferido Eudoxio era grande. ¡Atreverse a decir que no repoblaría el mundo con ella cuando estaban deseando repoblarlo en tan dulce complicidad todos los habitantes varones de Casablanca! ¡Desdeñar aquel color tostadito de sus carnes, que bajo el *maillot* color na-

ranja había obtenido éxitos tan ruidosos! ¿No haberse fijado siquiera en lo preciosas que eran sus piernas cuando emergían de los calcetinitos caídos que le daban aspecto de colegiala?

Si se tenía en cuenta todo lo que en Casablanca había desdeñado y por lo que ahora en la isla desierta ladraba por conseguir, era preciso reconocer que más que una ofensa las palabras de Eudoxio constituían una botaratada.

Se marchó del bosquecillo más preocupada que nunca y con las manos apoyadas en la hoja de cachmoassa.

Hizo un arqueo, y en su bolso, bien escondido, no quedaban mondos y lirondos más que doscientos francos.

Contando con que el comerciante se ablandara y consintiera en entregarle, a cambio de ellos, media docena de bananas, ¿era esto suficiente para mantenerse todo un día?

¿Y después?

Después, nada, porque no era de presumir que Eudoxio se aviniese a darle gratis su mercancía.

Además, que ella era también amonita y, por tanto, por sus venas corría sangre de mercader, por lo que no podía menos de tolerarle aquella tontería de estar dando dinero por lo que podía adquirir sin ningún desembolso.

Ahora que el presentarse a Eudoxio y decirle de buenas a primeras: «Aquí me tiene usted: haga

conmigo lo que se le antoje», le resultaba un poco violento.

¡Si siquiera llegara providencialmente un barco a salvarla de aquella afrenta! Miró al mar. Allí no había más que agua.

Como la situación era ya de todo punto insostenible, se imponía a marchar forzadas la transigencia.

Y transigió.

Allá se fué con sus pasos menudos en busca de aquella acémila que vendía plátanos y difamaba a las morenas.

Eudoxio, al verla llegar, lo primero que hizo fué sacudirse la hoja de cachmoassa para presentarse ante sus ojos lo más pulcro posible, y luego le dijo, con la sonrisa más comercial que pueda el lector imaginarse:

—Buenos días, querida señora. Supongo que viene usted a hacer su compra de costumbre.

Lilly no contestó nada. Bajó la cabeza y se quedó mirándose las rosadas uñitas de sus pies.

Eudoxio vió que la hoja de cachmoassa no era posible tenerla quieta; no quiso dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo—¡ya que no era nada lo que estaban viendo!—e insistió:

—¿Cuántos le pongo? ¿Una docenita?

A lo que contestó Lilly:

—Eudoxio, hasta hoy me ha hecho usted marchar a su gusto...

—¿Yo?

—No protesto. Vengo dispuesta a rendirme.

Eudoxio dió un salto de alegría.

—¿Entonces?...—dijo.

A lo que contestó Lilly, mirándole con sus ojazos oscuros de una manera endiablada:

—¡Me rindo! Puede usted repoblar el mundo...

La hoja de cachmoassa—ese árbol de la familia de los camelíferos, del qué ya he tenido el honor de hablaros en varias ocasiones—se agitó con más violencia que nunca.

Eudoxio, triunfante de pasión y de orgullo, la estrechó en sus brazos, y como el piropo supremo, como el único que pudiera hacerle olvidar la ofensa que en Casablanca le infiriera, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¡MORENAZA!!





ERO antes de que pudiera saborear por completo su triunfo, Eudoxio oyó decir a Lilly estas palabras, que revelaban bien a las claras que si él era hombre de negocios ella no lo era menos:

—Antes de nada — le dijo — aclaremos otro asunto.

—¿Cuál?

—El de la devolución de mis dos mil francos.

Eudoxio, sin soltar el abrazo en que la tenía cogida, meditó.

—Mira, Lilly—dijo por fin—. Vamos a ver si con un poco de buena voluntad conseguimos ponernos de acuerdo.

—¡Cómo!—exclamó la amonita, asombrada—. ¿Es que ahora va a buscar usted pretextos para quedarse con mi dinero?

—No; no es eso...

—¿Entonces?...

—Deja qué me explique. Los francos te los iré reintegrando poco a poco. Las mujeres no sabéis administrar el dinero; no le sabéis conceder todo el valor que tiene, y a lo mejor, si te lo daba todo de una vez, eras capaz de gastártelo en chucherías.

—Te aseguro...

—No me asegures nada. Yo conozco a las mujeres. Te daré cien francos cada vez..., vamos..., en cada ocasión... ¿Me entiendes?

Lilly debió de entender perfectamente, porque la respuesta que dió a Eudoxio quedó limitada a este madrigal:

—Mira. Debajo de aquel árbol tendremos buena sombra.

—Tú sí que tienes buena sombra, negraza—le dijo Eudoxio, sujetándola por las hojas del cachmoassa.

—¿No habíamos quedado en que las morenas?...

—No habíamos quedado en nada definitivo; todo lo que yo había dicho hasta ahora era sin conocimiento de causa. Lo que diga en adelante es lo que vale.

Y a la sombra del árbol se fueron.

La amonita tuvo motivo para recordar sus días triunfales de Casablanca, los paseos por la playa, el Kursaal Francés y la tripulación del buque naufragado.

Menos mal que a Lilly no le dió por pensar en aquel momento en que el consocio de su marido la estimaba en plátano y medio, sobre poco más o menos, ya que en la isla se cotizaban a mil francos la docena y a ella no le habían ofrecido más que cien.





A isla a que habían arribado los dos náufragos fué muy pronto testigo del cambio de vida que se operó en ellos.

Hay cosas con las que no hace falta más que empezar para ponerse inmediatamente en camino de darlas remate.

A Lilly se le olvidaron en seguida las palabras necias que Eudoxio había pronunciado en Casablanca, y si lamentó algo fué el no haber accedido desde el primer instante a los deseos del consocio de su difunto marido.

¡Esto de tener que estar recuperando los francos cien a cien sin necesidad de haber tenido que hacer desembolsos de ninguna clase!

¡Y que el tiempo perdido no se recupera!

En cuanto a Eudoxio, que ya no se conforma con ver únicamente los encantos de la morenita,

lo único que le extrañaba era haber guardado durante tantos años una fidelidad canina a la rubia Gardenia, siempre metida en casa, atracándose de té y de mermeladas y sin enterarse siquiera de cuando la colocaban en disposición de traer un amonita más a la tierra.

Todo lo contrario que Lilly.

Lilly, en cuanto recuperó los plátanos, recuperó también sus risas, y cuanto más se reía más seria parecía la cosa. Una paradoja como otra cualquiera. Por lo menos, así lo decía Eudoxio:

—¡Esto es una cosa muy seria!

Y lo repetía a cada paso y examinando cada una de las cosas de la absoluta pertenencia de Lilly, de donde resultó que aquella chica que se reía tanto no tenía un solo átomo de su cuerpo que no fuese serio.

La isla, que había sido hasta el día en que Lilly se decidió a claudicar un lugar más soso que jugar a los terueles, se convirtió en una reproducción exacta del paraíso terrenal.

En tres días recuperó Lilly sus dos mil francos.

Luego, más generosa que él, no quiso percibir ninguna clase de honorarios para lo sucesivo. Los plátanos y algún cangrejo que otro, y nada más.

Lilly adornó la cueva matrimonial con algas y conchas marinas, y hasta encontró una planta que, macerándola, daba un color rojizo con el que podía pintarse los labios.

Eudoxio no hacía en todo el día más cosas que

coger plátanos y pescar crustáceos, comérselos y divertirse en grande con lo que en Casablanca había desdeñado.

Y así, en aquel vivir eglógico, fueron pasando los días y las noches.

Hasta que llegó una mañana en que unos ojos curiosos vieron, merced a unos potentes catalejos, desde la cubierta de un transatlántico, una tela atada como bandera de señales en lo alto de un bananero.

El que los vió llamó a un oficial del barco y le dió los anteojos.

—¿De qué nación cree usted que es esa bandera?

El oficial la miró, la remiró y llamó al capitán para darle cuenta del descubrimiento.

Pocos segundos después, todos los pasajeros, cada uno con sus anteojos ante la vista, contemplaba el extraño pabellón nacional.

—Es una vergüenza—decía un continental—. Ya se han apoderado los ingleses de la isla. No va a haber un rincón en el mundo que no se lo adjudiquen.

—¿Qué habla usted de ingleses?—le interrumpió una inglesita, que tenía unas pantorrillas preciosas y una boca que estaba pidiendo besos, mordiscos y todo lo que puede pedir la boca más bonita de Inglaterra—. ¿Sabe usted lo que es eso que le ha parecido la bandera inglesa?

—¿Qué?

—Una combinación de señora.

Y añadió luego, con el gesto más desdeñoso que puede tener una insular:

—¡Cómo se conoce que usted no ha visto en su vida señoras en combinación!

—Le aseguro...

—¿Usted qué va a ver? Usted no ha visto más que marineros.

Diciendo esto, la inglesita le volvió la espalda y se puso a mascar *chiclets*.





UANDO ya todo el pasaje quedó convencido de que lo que estaban viendo era una combinación de señora en lo alto de un bananero, el capitán dió orden de que se echara una chalupa al agua.

Cuando la chalupa tocó la orilla, Eudoxio se había ido a hacer la recolección de plátanos y Lilly se hallaba muy ocupada en el aseo de su domicilio.

De espaldas estaba la morenita, acabando de hacer la cama, cuando cuatro marineros se asomaron a la entrada de la cueva.

¡Qué preciosa era la dueña de la combinación!

Es de advertir que desde hacía una temporadita Lilly había juzgado absolutamente inútil el uso de la hoja de cachmoassa.

Los marineros se quedaron inmóviles.

Aquel espectáculo no se lo esperaban.

Y lo mismo que les sucedía a los paseantes de Casablanca cuando le veían a Lilly las piernas des-

nudas, uno de los hombres de mar empezó a dejar caer por la comisura del labio un hilito de baba.

Lilly se volvió, extrañándose de aquella visita, pero mujer de mundo como al fin era, les invitó a que se entraran y les suplicó que esperasen un poquito mientras iba a ponerse una bata de casa.

Cuando reapareció llevando sujeta a la cintura la famosa hoja del árbol de la familia de las camelíferas, en la cueva había ya cuatro charquitos de baba.

—Y bien, señores—les dijo, sentándose junto al que le pareció el más guapo—, ¿qué es lo que les trae a ustedes por aquí?

Ninguno de los cuatro marineros le contestó una palabra. Los cuatro estaban mirándola y remirándola como si se hubieran vuelto de repente tontos.

Uno de ellos, de pronto, empezó a darse puñetaños en la cabeza y a decir:

—¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte!

—Mala suerte, ¿por qué?—le preguntó Lilly.

—Nueve veces he naufragado yo ya, señora, y nunca en una isla así y con una náufraga...

—¡Simpaticón!

—¡Asesina!

Los otros tres marinos ya se habían puesto en pie.

—¡Ladrona!

—¡Antropófaga!

—¡Mala hembra!...



Cuatro marineros se asomaron a la entrada

—¡Aaum!...

Aquello lo mismo podían parecer piropos que una riña de comadres de patio. Y cuando más animada estaba la cosa, hizo su presentación Eudoxio.

La primera intención de los marinos fué cogerle y tirarle al mar. Uno de ellos preguntó a Lilly:

—Este beduíno, ¿es su esposo?

—No, señor.

—Entonces, ¿quién es el gorila éste?

—Mi consocio. Teníamos establecido juntos un comercio de compra y venta de plátanos.

Eudoxio no decía nada, y era lo mejor que podía hacer, porque corría el peligro de que en cuanto abriera la boca se la cerraran a puñetazos, y el hombre, la verdad sea dicha, no estaba en situación de recibir siquiera un mamporro.

Flaco, desgalichado, con unas ojeras que se le hundían hasta el cogote, era una muestra bien palpable de que en aquella isla la tranquilidad había sido más aparente que real.





ENTRE los cuatro marineros cogieron a la encantadorosísima Lilly a la silla de la reina y echaron a andar con ella, mientras que a Eudoxio, que era el que más necesitado estaba de que le llevasen a cuestas, le dejaron ir por su pie.

Injusticias que hay en el mundo.

Pero en este caso fué, además de injusticia, ensañamiento, pues cuando los seis personajes estuvieron en la chalupa, los cuatro marineros, en lugar de ponerse a remar, se sentaron rodeando a Lilly, mientras que el desgraciado Eudoxio se veía en la necesidad de hacerse cargo de los remos.

Cuando Lilly subió a bordo, sin más ropa que su hoja de cachmoassa y el bolso de mano colgando de la muñeca, la tripulación la acogió con una ovación cerrada, mientras que de Eudoxio no se ocupó nadie.

Dos días después, Lilly traía revueltos a todos los pasajeros, que mostraban un sospechoso interés por que la morenita les refiriera sus aventuras de náufraga.

Lilly, cuando desembarcaron, volvió a ser lo que hasta entonces había sido: la mujer que hacía babear a los judíos, moros y cristianos de Casablanca.

Volvió a lucir *maillots* transparentes y a enseñar desnudas sus piernas a todo aquel que quisiera mirárselas.

De Eudoxio no podemos decir más sino que estuvo seis meses enteros tomando reconstituyentes, seis meses en los que las rubias y las morenas le daban absolutamente igual. Eran cosas que tenía vedadas por prescripción facultativa.



